

Carmen Rivera Izcoa, ed., *17 narradoras latinoamericanas*. Bogotá: Coedición Latinoamericana, 1996.

Hace escasamente unas décadas, una antología de narrativa femenina hubiera sorprendido en el mundo editorial latinoamericano. Sin embargo, el espacio que actualmente se le reconoce a las narradoras en el universo de las letras latinoamericanas contemporáneas hace muy natural la publicación de un texto compuesto exclusivamente de relatos escritos por mujeres. La eclosión de la narrativa femenina en América Latina, hace precisamente varias décadas, justifica la aparición de un texto como *17 narradoras latinoamericanas*. Recoge esta obra las narraciones diversas y novedosas de escritoras de renombre como Clarice Lispector, Isabel Allende, Cristina Peri Rossi, Elena Poniatowska, Rosario Ferré, Magali García Ramis, Claribel Alegría y Carmen Naranjo. Incluye el volumen relatos de narradoras menos conocidas como Cecilia Absatz, Isabel Garma, Liliana Heker, Andrea Maturana, Viviana Mellet, Silvia Molina, Montserrat Ordóñez, Mariella Sala y Milagros Socorro. Esta combinación resulta de interés para el lector porque puede encontrar en las páginas de esta antología una amplia y estupenda muestra de la escritura femenina latinoamericana, desde algunas de las narradoras más reconocidas hasta las más jóvenes. Agrupar narradoras del calibre y la resonancia de la brasileña Clarice Lispector, la mexicana Elena Poniatowska o la uruguaya Cristina Peri Rossi junto a una narradora incipiente, ingeniosa y joven como la chilena Andrea Maturana, —quien nace en 1969 en pleno apogeo del *boom*—, es uno de los elementos más atractivos de esta antología. Si se compara con el espectro de narradores en la coedición anterior, *16 cuentos latinoamericanos* (Martha Muñoz de Coronado, ed. Brasil: 1992), se encontrará que todos los narradores que se incluyen en aquella edición son figuras conocidas. Además, entre los dieciséis autores que reúne el texto, sólo se incluye a una escritora, la puertorriqueña Magali García Ramis. El horizonte narrativo en *17 narradoras latinoamericanas* resulta, pues, mucho más amplio, actual y audaz.

Precede esta colección de cuentos un *Prólogo* de Ramón Luis Acevedo en el que comenta el auge de la narrativa femenina, la variedad temática y estilística del conjunto de relatos y lo que denomina el curioso juego de espejos en el que “la mujer escritora profundiza en la psicología masculina y desde ella nos presenta, con sentido crítico y empático, la construcción —a veces desconcertante, a veces comprensiva— de la imagen femenina”. Es este rasgo lo que le imparte gran atractivo a la reunión de textos que encontramos en *17 narradoras latinoamericanas*.

La colección de relatos está organizada en orden alfabético por el apellido de las escritoras. Cada relato está acompañado de una foto de la escritora, una

breve biografía y los comentarios de la autora sobre la creación narrativa y lo que la impulsó a incursionar en ese género. Se ofrece así un sucinto, pero importante panorama del quehacer literario de cada una de las escritoras que le permite al lector relacionarse con la trayectoria literaria de las narradoras que integran la colección.

Desfila por los relatos una diversidad temática muy original que va desde las inquietudes y las experiencias del mundo de la infancia y la pubertad hasta las relaciones amorosas más insólitas como la de un campeón de boxeo y una "marimacha" boxeadora que lo enloquece. "El primer beso", de Clarice Lispector y "La siesta", de la argentina Cecilia Absatz, recogen las primeras experiencias sexuales de dos jóvenes ingenuos. En el primero se describe el efecto del primer beso de un joven adolescente con una estatua femenina de piedra y en el segundo, la experiencia de una jovencita que se deja besar por el hermano de su compañero de juegos.

El tema de la guerra aparece representado con humor en "La abuelita y el puente de oro", de la salvadoreña Claribel Alegría, mientras que en "El pueblo de los seres taciturnos", la guatemalteca Isabel Garma, presenta, mediante una atmósfera tensa y fantasmagórica, la convulsiva situación que genera el enfrentamiento feroz entre guerrilleros y militares. Una atmósfera fantasmal y de suspenso marca, también, "La playa", de Cristina Peri Rossi. Una niña solitaria en medio de una playa vacía atrae a una pareja de turistas que se interesa por ella, pero luego de conversar con la niña quedan absortos y suspicaces con los comentarios de ésta. La prejuiciada pareja termina por acatar a la niña.

La inocencia de la infancia queda plasmada en varios relatos en los que desde el punto de vista infantil se recrea la interioridad de los niños; su confianza o desconfianza en los adultos. "Una semana de siete días", de Magali García Ramis, "La fiesta ajena", de la argentina Liliana Heker y "Una niña mula", de la escritora colombiana Montserrat Ordóñez son relatos que se destacan por las presentaciones conmovedoras de las relaciones entre madres e hijas. En "Semana de siete días", la madre es una mujer revolucionaria e independiente que "tenía grandes los ojos y hacía llorar a los hombres"; su hija la espera en el balcón de la casa de su abuela porque confía en que regresará por ella. En el relato de Montserrat Ordóñez, una niña que está "suspirando y aguantando las lágrimas", espera también en el balcón, pero junto a su madre, —una mujer sumisa y sufrida— la llegada de un padre mujeriego y desconsiderado. En "La fiesta ajena", Herminia, una empleada de una familia burguesa, procura evitar, sin éxito, que su hija Rosaura se sienta humillada y frustrada en la fiesta de cumpleaños de Luciana, la niña de la casa en la que trabaja. El cuento "Yo a las mujeres me las imaginaba bonitas", de Andrea Maturana, también está narrado desde el punto de vista de una niña que confunde ingenuamente la menstruación de Chana con un acto de agresión y decide que no desea ser mujer porque conlleva sufrimiento y humillación.

La frustración y la desilusión marcan "El lenguado", de la peruana Mariella

Sala. En este relato la envidia separa a dos buenas amigas. Johana y Margarita salen a pescar y el lenguado que pesca una se convierte en la codicia de la otra, quien lo devuelve al agua fingiendo que se le ha resbalado. La codicia y la rivalidad entre dos mujeres se presenta en “El cuento envenenado”, de Rosario Ferré. En un hábil juego técnico, se nos presenta a Rosa, una costurera y una mujer muy práctica que se casa con don Lorenzo, un hacendado de caña venido a menos —motivo que se observa en varios relatos de la escritora. Rosaura, hija del primer matrimonio de don Lorenzo, y Rosa, su segunda esposa, son las herederas de lo que deja el hacendado. El día del velorio, mientras atiende a los asistentes, Rosa lee con curiosidad lo que parece ser el relato de su vida, escrito por quien supone un *escritor firulí y mentiroso*. Piensa indignada que se trata de una sarta de calumnias, que “el papel aguanta todo el veneno que le escupan”, pero prosigue curiosa la lectura sin llegar a enterarse del final.

La lectura de las cartas que Luis le escribe desde la ciudad es lo que provoca, en “Cartas de amor traicionado”, de Isabel Allende, que Analía decida casarse con el primo que no conoce. Una vez viuda, Analía descubre que Luis no había escrito ninguna de las cartas que tanto la habían estremecido y decide pedirle cuentas al verdadero autor quien resulta ser el maestro de su hijo. En “Cine Prado”, de Elena Poniatowska, un admirador de Françoise Arnoul —la actriz de cine francés quien en la década de los cincuenta trabajara junto a María Félix— decide escribirle una carta en la que le expresa que dejará de admirarla y de incluirla en sus sueños, por su comportamiento frívolo en sus películas más recientes. Arnoul, la mujer de fantasía, de celuloide, se convierte en una obsesión real, en una infatuación que lo enloquece hasta ir corriendo a la pantalla y clavarle un puñal en el pecho a su actriz favorita. El admirador escribe la epístola desde la cárcel. En “Cuando inventé las mariposas”, de la escritora costarricense Carmen Naranjo, un jovencito se inventa a “Clo de las fantasías” para vencer su virginidad. La creación de Clotilde lo salva de la soledad y de la burla de sus amigos.

“La otra Mariana”, de la narradora peruana Viviana Mellet, presenta también la creación de una mujer: el doble de Mariana, la mujer de Ernesto, el protagonista del relato. Éste cree ver, al salir del trabajo, a una mujer que es, y no es, Mariana, pero ésta lo saca “de la historia en la que está atrapado” con los reproches cotidianos que lo traen de vuelta a la realidad.

“La vida no es ninguna ilusión; es la vida y nada más”, le insiste la hija a la madre en el relato “La casa nueva”, de la mexicana Silvia Molina. En este cuento es la hija quien no quiere soñar porque de niña su padre, sin proponérselo, la hizo sufrir al llevarla a visitar una casa que ella admiró desde el primer instante, sólo para descubrir que podría ser de ellos y que vivirían allí felices si se la ganaban en una rifa.

17 narradoras latinoamericanas cierra con el relato “Sangre en la boca”, de la escritora venezolana Milagros Socorro. A pesar de que los relatos están

ordenados en orden alfabético por el apellido de las escritoras, es curioso —y a primera vista emblemático— que en el relato final una mujer, Mireya, quede derribada de un fuerte golpe que le propina Manolo Alvia, un campeón de boxeo, a quien “no le quedó más remedio que obedecerla”, es decir, golpearla como ella quería. Este relato, uno de los mejores de la colección, presenta a Mireya —una boxeadora que muchos consideraban “marimacha” o “machona” por su afán pugilístico— como la única persona capaz de hechizar y reivindicar al campeón con quien mantiene una febril e insólita relación. Manolo abandona a su familia y a su entrenador para seguir a la mujer que le exige “las proezas físicas que ningún libro ha reseñado”. La vencida es al mismo tiempo la vencedora, pues logra pugnar psicológicamente contra el campeón hasta dominarlo, aunque el precio sea yacer con sangre en la boca.

17 narradoras latinoamericanas es un estupendo muestrario de las inquietudes, el talento y los cauces de la narrativa femenina contemporánea. Esta antología complace no sólo al público joven, sino a los lectores y estudiosos que incursionan con curiosidad en el proceso narrativo latinoamericano para descubrir la singular aportación de las mujeres a este género.

Rosa María Guzmán Merced
 Universidad de Puerto Rico